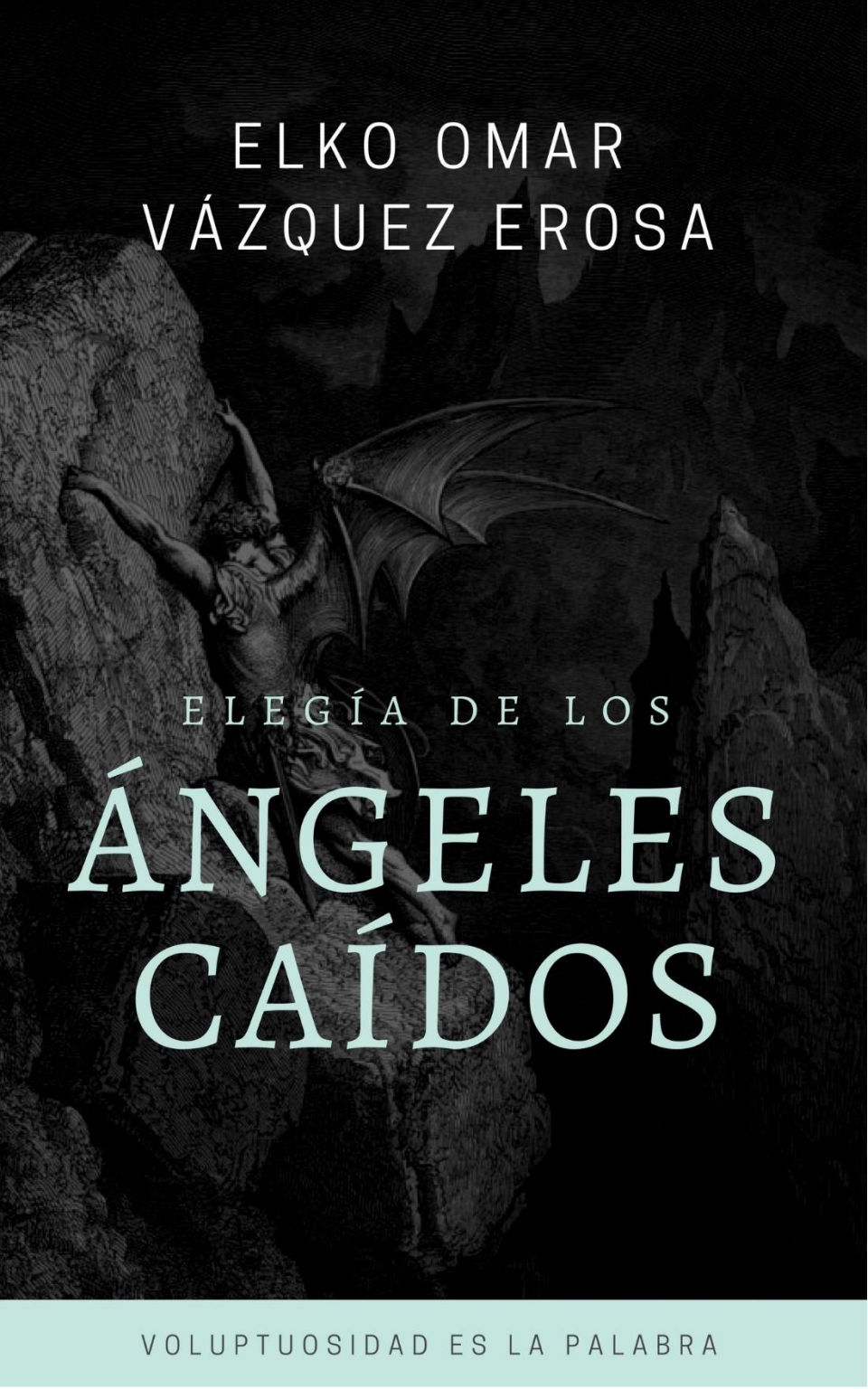




ELKO OMAR
VÁZQUEZ EROSA

ELEGÍA DE LOS
ÁNGELES
CAÍDOS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Elegía de los ángeles caídos

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 2



Diván

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Portada y viñetas: Gustave Doré. El paraíso perdido.

Blog: <http://voluptuosidadeslapalabra.com/>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

Copyright © 2017 Elko Omar Vázquez Erosa

Todos los derechos reservados.

Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra y tuvieron hijas vieron los hijos de Dios que estas mujeres eran hermosas, entonces tomaron por esposas a las que preferían de entre todas ellas. Pero el Señor dijo: "No dejaré que el hombre viva para siempre, porque él no es más que carne. Así que solamente vivirá ciento veinte años".

Los gigantes aparecieron en la tierra cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres para tener hijos con ellas, y también después. Estos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos.

Génesis 6: 1-4

I
MASCARADA



Voluptuosidad es la palabra,

voluptuosidad es el dolor,
es la fragancia del vino orlado
con rojos destellos del secreto.

Voluptuosidad es la mirada,
voluptuosidad es el adiós,
fulgor escarlata del infierno
que yace donde los ojos locos,
helados, acerados del deseo.

Las ráfagas del viento helado en la mañana,

el silencio del invierno y los rostros grises
de seres fantasma a los que pesa la lluvia
me recuerdan el primer beso, ya lejano.

A veces te soñaba una paloma blanca
lanzando el ansia de su vuelo hacia el empíreo,
y yo me pensaba el reflejo de tus ojos,
amante gota de rocío en la gardenia.

Acaso era un beso de lluvia y de silencio
que en su inocencia pretendía resguardarnos
de los abismos donde fueron a parar
la risa, la mirada, el vino y la caricia.

A veces te soñaba una paloma blanca
mientras me pensaba reflejo de gardenia:
entonces me diste el plumaje de mis alas,
las alas negras de los ángeles caídos.

Crepúsculos... ardientes y fantásticos...

que recortan alucinadas formas
de ciudades lejanas y encantadas.

¡Oh sueños de los príncipes cautivos
en torres adornadas con tapices!,
con dorados cordones, figurines,
y esclavas nacidas para el placer.

Anhelos delirantes de los príncipes,
ebrios de lontananzas y perfumes,
hechos a las caricias orientales,
pincelados con la suave tristeza
que un día les naciera de sus goces.

Era la noche, la noche trenzada

con lastimeros aullidos de lobos;
la vieja, imperiosa necesidad
de blandir el impredecible rayo
como se empuña el látigo y la espada.

Eran los gestos lánguidos del baile
que de una llama la gracia imitaba,
de la lluvia la rabia que despierta
las dolientes imágenes furtivas
del vitral en los góticos salones.

Era la noche, los negros jirones
que acaso anhelan escapar del manto
que porta el peregrino de los yermos
cuando busca, sin trazo de esperanza,
las grietas encantadas de un ayer.

Mágico domingo, por la mañana,

borracho en la ciudad ajardinada,
sediento de visiones. ¡Oh! ¡Diríase
toda una Babilonia desolada!,
devastada por ángeles hermosos
armados con espadas de silencio.

Con su vestido y su cabello negro

resalta la blancura de su piel.

Ella sostiene con sus manos finas
un largo cigarrillo de marfil,
festionado con opiadas volutas
delirantes de sueños y perfumes
—tornasol de siluetas y de cantos
que proyectan fantásticos pecados—.

Diríase una diosa de lo oscuro,
diríase un dragón sofisticado,
soberbio ángel con forma de mujer.

Indiferentes noches

de acordes demenciales,
desolados rincones
de ciudades sin nombre
donde agoniza el viento,
donde agoniza el pájaro
con los graznidos roncoss del exilio,
donde los rostros duros
de seres despiadados
acechan la inocencia,
acechan el instante fugitivo
que se debate en diseños de acero,
en los cristales rotos de las calles
donde bailan periódicos mugrientos
cortejando a la muerte,
cortejando las botas destrozadas
de los ensimismados asesinos
que se embozan con gabardinas negras
de piel surcada con broches de hierro.

¡Ay! Con los ojos turbios
de las mañanas ebrias,
desdibujados por las grises nieblas,
los rascacielos duermen

mientras conciben los sueños bestiales
del agrietado asfalto.

¡Oh!, negro corazón envenenado
de la metrópolis que inexorable
se desgarrá, se desgarrá, se desgarrá...

Tengo por gloria

jamás haber pulsado
ni siquiera una cuerda
de liras patrioterías.

Fresca tarde, viejo zaguán de una puerta,

casa antigua llena de ecos españoles
donde bebo cerveza con mis compinches,
ojo alerta contra estúpidos gendarmes.

La belleza amarga de unos ojos claros,
iridiscencia en las líneas de mis manos,
en los torcidos caminos de mis manos.

El asfalto desolado de las calles;
las palomas: campanadas de la Iglesia.

El dragón, con su angélico linaje,
resguarda los tesoros de la noche.

Encendieron la televisión

para disfrutar el espectáculo,
para admirar pavorosas bestias,
admirables dragones de acero:
cruzaban los cielos cenicientos
vomitando fuego sobre enfermas,
lejanas y leprosas ciudades.

Uno de ellos pidió una cerveza
y sus manos buscaron a tientas,
a fin de no perderse un detalle,
la bolsa de papitas crujientes.

Un buen chiste cruzó por la mente
del amable anfitrión que reía:
era una charla despreocupada,
aderezada con el absurdo,
con un brillante humor de la horca.

Fronteras desdibujadas de países ilusorios:

la noche sabía revelarme todos sus secretos,
¡ay!, la noche licenciosa entretejida de quimeras.

¡Cuánto amaba caminar

por aquellas soledades!,
por las inmensas llanuras
de mi ciega adolescencia.

¡Cielos rojos del ayer!,
carne blanda de los sueños...
ojos negros de mujer.

Noches de cóctel, la voz de un afeminado sibarita

se expande como terciopelo negro en los blancos pasillos
mientras admira con sus ojos cínicos y fatigados
los azules cadenciosos de los zarcillos del cigarro.

Con sus malas, desconocidas artes, lindas edecanes
cortejan exitosos burgueses de abotargados rostros.

La inmensa araña de cristal siembra de lágrimas la noche,
y con la escrupulosa elegancia de las almas perdidas
los barones de la industria aspiran la prohibida fragancia,
en hermosos espejitos de plata, del marfil en polvo:
al respecto el hijo idiota del gobernador pinta selvas
donde los cazadores matan elefantes fantásticos
en selvas de cristal –horribles laberintos esmeralda–.

Noches de cóctel, la voz de un afeminado sibarita
cincela suavemente la historia de su última visita
a las ruidosas exposiciones de pintura en París.

Con sus blancas manos la dama rubia,

la dama silenciosa y hechicera
que me atormenta en sueños sostenía
el prohibido saber de un libro negro
que la seducía, como los bosques,
y las tenues caricias voluptuosas
de las hojas escarlata cayendo
de los siniestros árboles nudosos
la hacían suspirar mientras pensaba,
encerrada en el vetusto jardín,
con mares y horizontes de imposibles.

II SALAMANDRAS



Amanecí en este campamento industrial:

mis auroras vueltas desamparo y resaca,
mi turbio pelo enmarañado en el espejo.

Ojos sangrientos: mi nombre, mi edad, mi panza...
ecos de indolentes y sórdidas tabernas.

Entre los pliegues albos y graciosos

de tu manto coloreado con vino,
en los resquicios de tu piel sensible
que responden al tacto de mis manos
—blancas manos— arañas imposibles
nacidas en el beso de la espuma,
en lejanas caricias de los mares
agitados, heridos, sin memoria.

Tan sólo me costaba el alma

—sólo implicaba mi alegría—
el precio que pagué por mi corona,
por el laurel marchito del poeta.

He caminado los mares de luz,

los mares de luz, de angustia y de sombras;
las calles de ciudades invariables
hirviendo de invariables mercaderes,
llenas con melodías discordantes
de gendarmes, verdugos, cortesanas.

He navegado por los desiertos
de la exaltación que ofrece el olvido.

En palacios de hierro y de cristal,
entre los innobles gestos de esclavos,
entre barracas de metal y plástico,
encontré filósofos desgraciados.

Igual que el profeta puedo gritar:
¡He visto mercaderes a caballo
y príncipes a pie!

He visto –borracho en la carretera–
las fantasmagóricas siluetas
de soldados borrosos,
de sangrientos bufones.

¡He reído con lujuria y desprecio!,
he llorado en la noche.

En lechos de lascivas odaliscas,
en aquellos lechos de incienso y muerte,
el príncipe soñaba con desiertos,
con las rutas del opio y del perfume.

Con el cansancio reflejado en los ojos,

en esos ojos de marinero errante
marcados con las imágenes furtivas
de constelaciones y golfos distantes.

Era su lecho de prohibidas fragancias,
pinceladas de naufragios y tabernas
para yacer con la mujer de un amigo
ardiendo de culpa, de culpa y deseo,
pero... contra lo que pudiera pensarse
cerraba los ojos y líricos sueños
cruzaban, como una dulce exhalación,
los pasillos sórdidos y lujuriosos
de un hotel cincelado en tristes ayeres...
ayeres de risa tejidos con llanto.

Lejos en el tiempo, mi niña rubia:

sabes mirarme a través del cristal,
a través de los años
burlados por la lente,
¡oh!, perfume de sueños extraviados.

Criatura rubia y vana de mi anhelo,
tú te sabes la tristeza que yace
al fondo de mi copa,
al fondo de mis versos,
rotos por el martillo del deseo.

Los ojos grises del ángel caído

anhelan eternamente la guerra;
en ellos se dibuja la derrota,
largamente deseada, del Altísimo.

En esos ojos helados y grises,
¡diríase unas cuchillas de acero!
¡La hipnótica mirada de las fieras!
Abismos donde se esconde un poema
concebido entre las venas azules
que efímeras sustentan a los rayos:
esos locos destellos del deseo
que terminan por conducir al crimen
y a la vieja tristeza del exilio.

Naturaleza humana:

interminables mares escarlata,
animales de presa y de lujuria.

Sabes que te amo, que hubiera matado

con estas... mis blancas manos, por ti.

A veces me creo un ángel caído...

¡se siente tan bien! Las noches de absentia,
la agenda llena de efímeros goces,
de lujosos, voluptuosos banquetes
do las bellas, cual corderos sonríen.

Enemigo del tiempo, ebrio en perfume,
la luna pinta visiones de oriente
y a través de los claros ventanales
la ciudad, cientos de metros abajo,
me absorbe en su lenguaje luminoso.

Entre tus labios, pintados de vino,

fructifica el sueño de la tormenta,

y los aterciopelados perfumes

del vago musgo en la orilla de un río

cuando la noche entreteje el poema...

con estos suaves delirios de luna.

Abotargado como un lujurioso,

cebado director de cine porno,
con la mirada turbia del demonio,
seguí el trazo que dejaron las olas,
y pese a mi existencia envilecida
por esta condición de asalariado
tus labios se acercaron a los míos.

¡Oh locura!, la gloria que me queda...
con tus alas despertaste las llamas
del caballero errante que cincela
yermos extraños de la soledad,
trazados con mi sangre en la distancia.

¿Te has levantado alguna vez

a contemplar la madrugada
envuelta en los ardientes rayos
de los imposibles delirios
aletargados en el fondo
tornasolado de tu copa?

¿Te has preguntado alguna vez
sobre los resquicios prohibidos
que se ocultan bajo las luces
equivocas, necias, del mar?

¿Alguna vez la noche, acaso,
vino a llamarte por tu nombre?

La espuma cortejada por el viento

—de los crustáceos delirantes restos—
el ansia por tu carne recortada
contra el vasto horizonte de mi pena.

Caminando por la playa buscaba,
entre los vestigios de mi fortuna,
mi media cajetilla de cigarros,
y mis ojos bebían los diseños,
las suaves pinceladas del crepúsculo,
los azules destellos del Atlántico.

El ansia por tu pelo perfumado,
por la sal de tus húmedas caricias...
ese dulce narcótico en tus labios:
por ello vine a sentarme, borracho,
entre los restos de un muelle antiguo.
¡Implacable me vino a la memoria
mi vida turbulenta y libertina!,
contraste de los suaves paraísos
que yo esperaba encontrar... a tu lado.

III

PLEGARIAS DE FUEGO



Esas noches de láudano

transformaban las calles
en jardines de piedra y de lujuria,
y encontraba en las risas descaradas
de blandos, pintarrajeados fantasmas,
las llaves de unos mundos musicales,
monstruosos y prohibidos.

¡Yo soy la carne misma de la angustia!,
vago rostro... tormenta.

Soy el nombre que temes pronunciar,
soy un pastor de espíritus impuros
que se disfrazan con bolsas de nylon,
que bailan como bestias
en caprichos del viento y el asfalto.

¡Yo soy el ángel rebelde y borracho
que atraviesa las calles
de la ciudad ruinoso y desolado!

Vida: millas y millas de aburrimiento,

horizontes helados, sordos... tan grises.

Mundo: piélago infestado de alimañas

luciendo sus feas, untuosas sonrisas.

Dioses, ¡cómo quisiera blandir el rayo!

¡Cómo quisiera destrozar las ciudades!

Azrael

Eres el ángel que puede vengar,
lamento en las amplias, góticas bóvedas;
aquél que porta la espada de fuego,
que ama el delirio en lugar de la paz.

Eres el ángel que viste escarlata
con sinuosos arabescos de plata;
eres el rayo –señor de la guerra–
lecho de angustia... de angustia y espinas:

La rabia sorda, ciega y homicida,
rabia que duerme entre fulgores
de una bella daga italiana...

...un soplo de sinfonías sin alma
que se expresa en vendavales de fuego,
con ese oscuro y terrible poema
entretejido en sudarios de gritos...

...lágrimas de una madre desolada
esperando que vuelvan los ejércitos...

destrozados bajo un cielo plumizo
que agita banderas vueltas jirones.

Yo... tan sólo un ángel roto y sin alas...
tan sólo inocencia perdida...
tan sólo este amor condenado.

Por eso, ángel sin alma,
te ofrezco una oración
hecha... como el hombre... de tristeza.

Por eso, ángel sin alma,
da rienda suelta a la venganza,
plegaria de la sangre derramada.

Este viejo dolor

—mis catedrales góticas—
la vieja pretensión
de arrebatarse la gloria
a los dioses del viento...
a los dioses que exigen
las plegarias del fuego.

Fulgurantes, lejanas

catedrales de olvido
cuando la noche piensa
que el cielo es agua y música,
que el alma de los hombres
está hecha de lamentos.

Los ojos de una mujer,
sentencia inapelable
de láudano y ensueño,
lunares conmociones
en la piel del amante
derramando su sangre
con oscuros rituales
que demanda la noche,
que demandan los cielos,
los cielos... de agua y música.

Era tu nombre delirio,

ave sin nido cruzando
los desolados paisajes
de despiadados inviernos.

Era tu nombre mi copa
de gemas, láudano y sueños.

Sí... la poesía está hecha

con las alas desgarradas
de los ángeles caídos.

¡Ay! ¡Los ángeles del mar!,
como alucinadas luces
de infinitas carreteras:

¡Ramas de árboles que gimen
arañando inapelables
superficies de cristal!

Aun si el Altísimo nos negase la gracia

tendríamos que forjarnos unas piernas de hierro
y contemplar con sorna las estúpidas masas,
inmensos rebaños de orgullosos ignorantes
—sin piedad— pues encuentran su parcela de gloria
gozando del abuso, lamiendo sus heridas...
tendríamos que buscar el odio y el amor.

En catorce de julio quisiera vomitar,
en las sombras de una oficina tomar el hacha
y pintar de rojo las barracas de Mammón
sin pedir consenso, como en los antiguos días.

Gran prostituta, gran plutocracia que nos diste
mares y mares de perdedores, de gusanos...
de hirvientes, blandas, lascivas olas de gusanos.

Noche inmensa como el mar,

hoy mi corazón te invoca
con los antiguos deseos
de mi juventud maldita.

Noche inmensa como el sueño
de los dioses de la guerra,
locos de ilusiones rojas
y jardines encantados.

Noche necia y voluptuosa,
dame otra oportunidad
para beber los placeres
de las bellas salamandras.

Es tu silencio arena

que domina el desierto,
y tu ausencia la voz
del viento entre las ramas
de los árboles secos,
olvidados por Dios.

Tu silencio es la noche
de las costas perdidas
en las tierras del norte;
voz marcada con plata,
con gemidos de lunas
extrañas y violáceas.

¡Señor! Esta noche mi rabia es peligrosa,

como una daga italiana, bella y letal;

como rotos cristales bañados en sangre.

Oscuridad, ira congelada y precisa,

¡enormes ansias de guerrear con estas manos!,

con esta inmensa dignidad... de los malditos.

Cristalina superficie de la fuente,

¡a veces siento que siempre te amaré!,
a veces, cuando la noche desquiciada
pretende que una blasfemia es oración...
incluso a veces reconozco mi rostro
en las luces fraternales del demonio.

Y entonces fuiste mi desolación,

la música de mi intenso dolor,
de mi bello dolor inaccesible
a la cristalina remembranza
de artificios vestidos con nostalgia.

¡Ah! Entonces mis ojos derramaban
rebeldes lágrimas, color de nada:
entrañables ríos donde cabían
las olas prístinas y turbulentas
de inasibles mares en mi interior.

Vino, jeroglífico de la noche,

en láudano el perfume de tu piel,
de tu piel dormida como una rosa
abandonada al tacto de la noche
en el jardín de mis delirios rotos
como lejanas siluetas de fábricas,
de ciudades erizadas con púas
en la gélida niebla de los sueños
que acompaña los pasos de los druidas
expulsados del bosque y de las fuentes.

¡Blandir el rayo cual si fuera un látigo!,
y con el escarlata de mi sangre
rociar las avenidas laberínticas
de estas urbes sin nombre ni destino,
y en el loco graznido de los cuervos
encontrar, finalmente, la respuesta;
pero estos sueños sin tregua, de nieve,
con desgarradas ansias la desean
recortada en la tierra de Avalón,
en los mares perdidos de la noche.

Buscaba los nuevos caminos

con desesperación,
con el fuego luciferino
que me había llevado
de los palacios del placer
hasta los helados desiertos
del norte, donde los dioses
se reúnen para jugar
a los dados, en el silencio...
buscaba los fúlgidos rostros
entrevistos donde los mares
vastos de mi desolación,
y en éxodos impenitentes
encontraba la llama prístina
de unos ojos glaciales,
¡ay!, azules... como la muerte.

Y ahora un avance especial de:

Cantos de vampiros

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<http://goo.gl/uFUQ8b>

ELKO OMAR VÁZQUEZ FROSA

CANTOS DE VAMPIROS



I

EL RITUAL DE LOS AMANTES



Amanece de noche

para el poeta,

para el vampiro,

para el amante,

para todos aquellos
quienes cifran la espera
en un rostro de luna,

en un rostro de muerte
con destellos de plata.

Cuando llegue la noche

voy a poner una mesa
con lugar para dos,
al ras del desierto,

con una botella de vino
para ofrendarte la auroa
y los cantos de Homero...

...voy a encontrarte,
cuando llegue la luna
y recuerde las voces
que nos hacían llorar
en la carne,

cuando llegue la noche,
cuando lleguen los fatuos
y el cielo se vuelva
un útero inmenso.

Con una botella de vino
para ofrendarte la aurora
y los cantos de Homero,

con una gota de sangre
y un vaso de lágrimas
voy a inventarme tu piel.

Hecha de distancia,
perdida entre sombras
del crepúsculo lluvioso...

tierra floja entre mis dedos,
agua fría de lo incierto.

Canta,

con gemidos de muerte

y de belleza...

con rumores de la tumba

y de las sombras,

con salmos de las misas

que despiden a los muertos

desde luces que se filtran

hasta el fondo de las ruinas

olvidadas.

Detrás de los rincones del silencio

los dioses de la lluvia
pronuncian la salmodia,
y todos los secretos de tus labios
se dispersan con el viento.

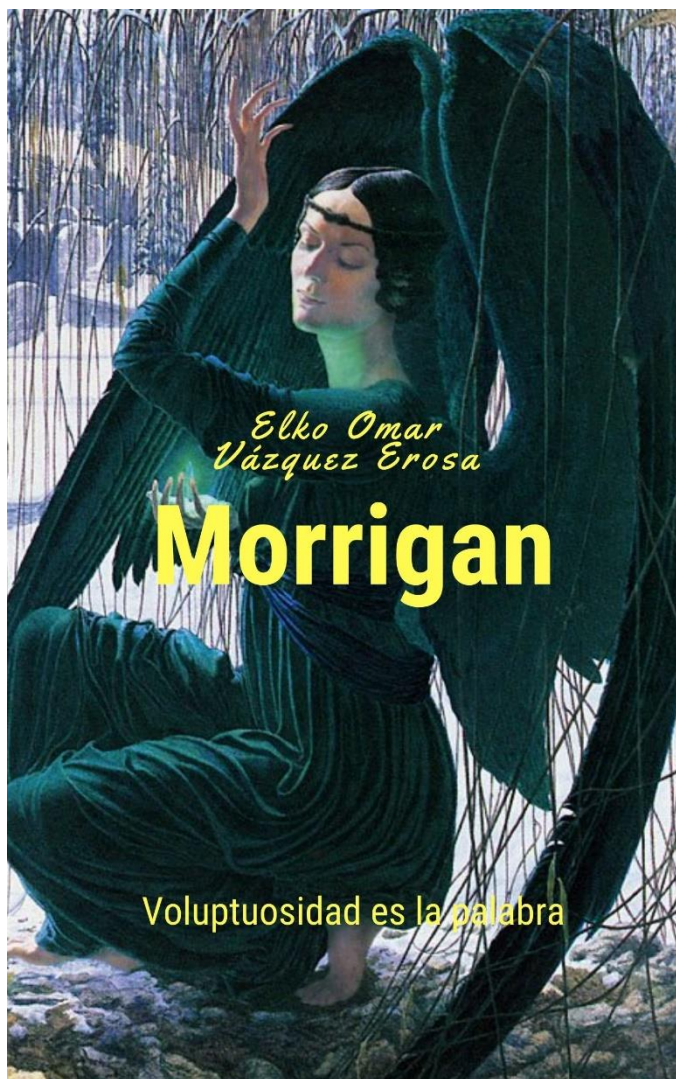
Entretejida tu silueta
con las imágenes borrosas
del paisaje, destaca tu pelo,
y destacan las historias que callaste
cuando estampada la luna
sobre las negras visiones de los árboles.

Recuerdo cómo ladraban los perros
y la noche, necia en morder la carne:
escenas de un teatro
que quieren saltar y salpicarnos sangre
de mil heridas provocadas por mil espinas.

Callado tu rostro y los enigmas que llevabas
en tus ojos de esfinge
—porque con la lluvia, los fantasmas grises—.

Arroyuelos caóticos que intentan seguir,
tras las ruinas del recuerdo,
los contornos de tu ausencia.

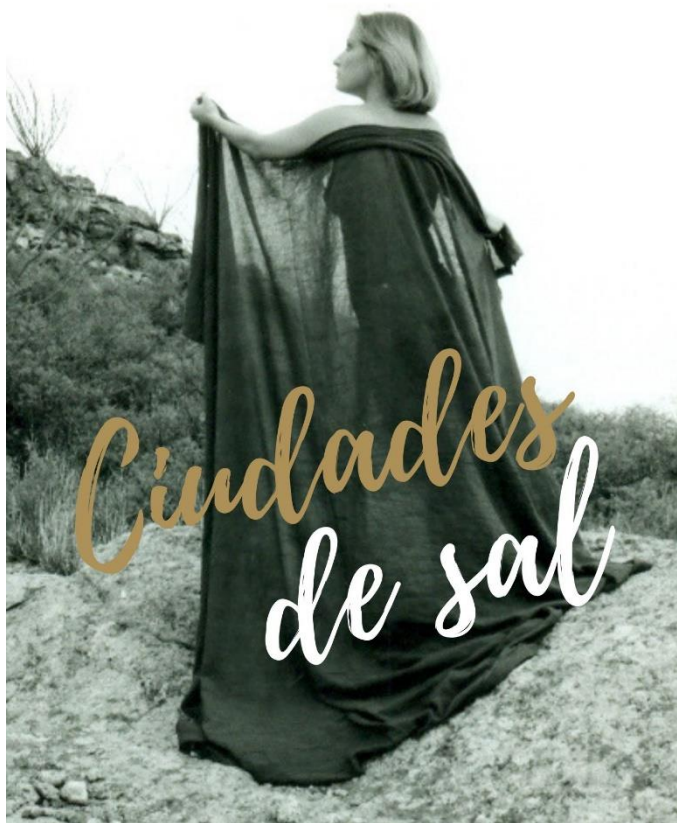
OTROS LIBROS DEL AUTOR



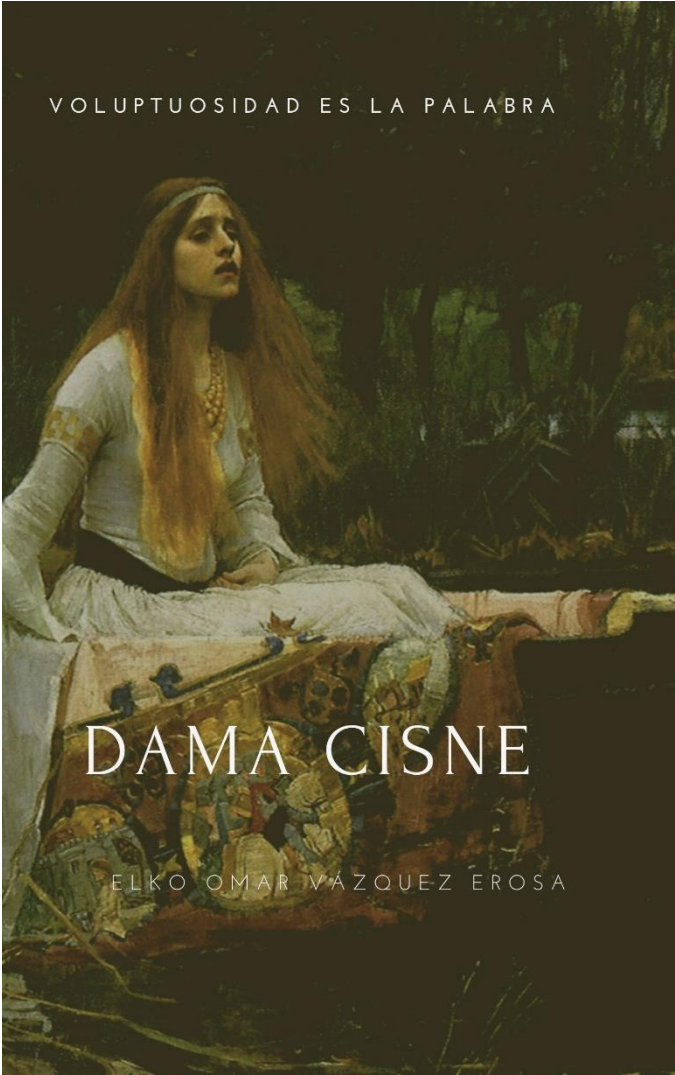
Poemas paganos, zarcillos que beben del mito y la leyenda de los celtas, al filo de la espada.

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



Poemas amargos, reflejo de ciudades demenciales y de furtivas resonancias, transidas de nostalgia.



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

DAMA CISNE

ELKO OMAR VÁZQUEZ ÉROSA

Poemas para una dama rubia.

CONTENIDO

Epígrafe,	3
II. Mascarada,	4
Voluptuosidad es la palabra,	5
Las ráfagas del viento helado en la mañana,	6
Crepúsculos... ardientes y fantásticos,	7
Era la noche, la noche trenzada,	8
Mágico domingo, por la mañana,	9
Con su vestido y su cabello negro,	10
Indiferentes noches,	11
Tengo por gloria,	13
Fresca tarde, viejo zaguán de una puerta,	14
El dragón, con su angélico linaje,	15
Encendieron la televisión,	16
Fronteras desdibujadas de países ilusorios,	17
¡Cuánto amaba caminar!,	18
Noches de cóctel, la voz de un afeminado sibarita,	19
Con sus blancas manos la dama rubia,	20

II. Salamandras,	21
Amanecí en este campamento industrial,	22
Entre los pliegues albos y graciosos,	23
Tan sólo me costaba el alma,	24
He caminado los mares de luz,	25
En lechos de lascivas odaliscas,	27
Con el cansancio reflejado en los ojos,	28
Lejos en el tiempo, mi niña rubia,	29
Los ojos grises del ángel caído,	30
Naturaleza humana,	31
Sabes que te amo, que hubiera matado,	32
A veces me creo un ángel caído,	33
Entre tus labios, pintados de vino,	34
Abotargado como un lujurioso,	35
¿Te has levantado alguna vez?,	36
La espuma cortejada por el viento,	37

III. Plegarias de fuego, 38
Esas noches de láudano, 39
Vida: millas y millas de aburrimiento, 40
Azrael, 41
Este viejo dolor, 43
Fulgurantes, lejanas, 44
Era tu nombre delirio, 45
Sí... la poesía está hecha, 46
Aun si el Altísimo nos negase la gracia, 47
Noche inmensa como el mar, 48
Es tu silencio arena, 49
¡Señor! Esta noche mi rabia es peligrosa, 50
Cristalina superficie de la fuente, 51
Y entonces fuiste mi desolación, 52
Vino, jeroglífico de la noche, 53
Buscaba los nuevos caminos, 54

Un adelanto de Cantos de vampiros, 55
Otros libros del autor, 63